

LA FECUNDIDAD DE LA VIDA MONÁSTICA: MONJES Y ERMITAÑOS MÁRTIRES EN ESPAÑA (1936-1937)¹

Santiago CANTERA MONTENEGRO, O.S.B.

La vida monástica en España quedó extinguida durante un importante lapso de tiempo en 1835, cuando la Desamortización liberal del ministro Juan Álvarez Mendizábal clausuró los monasterios de monjes, así como todas las demás casas de comunidades religiosas masculinas, incautándose de sus bienes en lo que constituyó un auténtico expolio, que para colmo –por lo mal que se efectuó– no sirvió para resarcir unas arcas del Estado que atravesaban una situación muy difícil. Además, la vida de numerosos campesinos y otros trabajadores vinculados a estos centros se empobreció, pues sus condiciones laborales empeoraron notablemente con los nuevos propietarios, a la vez que muchos pobres vieron desaparecer las obras de asistencia social que venían atendiendo sus necesidades, sin que paralelamente surgiera por parte del Estado algo que supliera esa tarea. Y todo ello, por supuesto, sumado al enorme daño que ocasionó para el patrimonio artístico y cultural español.

Pero ya un decenio después y a partir sobre todo del de 1880 y hasta 1931, las Órdenes monásticas (benedictinos, cistercienses, cartujos y jerónimos) llevaron a cabo

¹ Ofrezco aquí la versión larga de un artículo que, mucho más resumido, se me encargó para un número de la revista británica *Star*, dirigida por Joseph Pierce, dedicado a los mártires españoles de la persecución de la II República. Dadas las condiciones de la misma revista, tiene un carácter de divulgación y eso explica la ausencia de aparato crítico (notas a pie o al final). Además, puesto que estaba en principio orientado al Reino Unido y a lectores no siempre familiarizados con los temas monásticos, en el texto aparecen algunas aclaraciones y explicaciones que, en otro medio, serían innecesarias.

Esta versión larga que aquí se ofrece ha aparecido publicada previamente en *Tabor*, 3 (diciembre 2007), págs. 81-102; y mucho más recientemente en CANTERA MONTENEGRO, Santiago, O.S.B., *Estudios de Historia y Espiritualidad Monástica*, Salzburgo, Universität Salzburg – Analecta Cartusiana, 2011, t. 1, págs. 61-74.

Por otra parte, quede claro que, no de manera despectiva, sino desde la más pura objetividad histórica, en el artículo empleo varias veces el término “rojos”, utilizado por ellos mismos en la época, ya claramente desde la Revolución Rusa y de manera muchas veces oficial en casi todos los países (“Ejército Rojo”, “Auxilio Rojo”, etc.).

En fin, también desde la objetividad histórica empleo la designación “persecución religiosa de la II República”, porque fue una realidad que no comenzó juntamente con la Guerra de 1936-39, sino propiamente el 11 de mayo de 1931, menos de un mes después de la proclamación de la II República, y se percibió con claridad en la legislación de aquel régimen, hasta que estalló violentamente en la Revolución de octubre 1934 y de nuevo desde el triunfo del “Frente Popular” en febrero de 1936, para dispararse por completo desde el inicio de la guerra. Y en la guerra, el hecho de la persecución religiosa fue exclusivo del bando republicano: sólo en él se torturó y se mató por el hecho de profesar un credo religioso, concretamente el católico, y sólo en él se produjo por eso mismo la destrucción de todo cuanto pudiera recordar una fe religiosa, singularmente la religión católica. En buena coherencia con esto, los documentos oficiales de la Santa Sede relativos a las causas martiriales de aquella persecución, se hace con la expresión “persecución de la II República”.

una labor de reimplantación y restauración en España, que sería proseguida con gran ímpetu después de la Guerra de 1936-39, cuando se produjera un notorio auge de jóvenes vocaciones.

En este pequeño trabajo queremos ofrecer una visión del martirio sufrido por monjes españoles, esto es, los religiosos de Órdenes monásticas, en la persecución desencadenada por la II República, que para el caso de ellos fue dramático sobre todo en 1936, al inicio del conflicto. Dentro del panorama general del martirio padecido por la Iglesia en España, representan un pequeño porcentaje, ya que también su número era relativamente menor y porque bastantes de sus monasterios quedaron en la “zona nacional”; pero no por ello dejan de ofrecer algunas páginas martiriales realmente maravillosas.

Se ha calculado que el número de eclesiásticos asesinados en 1936-39 fue de más de 7.000, es decir, aún más elevado que los 6.832 que el hoy obispo de Badajoz, Monseñor Antonio Montero, dio en 1961. Por lo que se refiere a nuestro caso, constatamos efectivamente que la cifra debe corregirse al alza. De esos 6.832 eclesiásticos que él contabiliza, 2.365 serían religiosos, y, de ellos, 62 corresponderían a Órdenes monásticas masculinas: 44 benedictinos (22 de Montserrat de Barcelona y otro de esta Comunidad que estaba en El Pueyo; 18 de El Pueyo en Aragón; y 4 de Silos en el “Montserratico” de Madrid), 11-16 cistercienses (que en realidad fueron 19, de Cóbreces, Santander), 6 cartujos de Montalegre (Barcelona) y un jerónimo en Madrid. A ellos queremos añadir dos ermitaños de la Luz en Murcia. Por lo tanto, un total real de 72 religiosos de vida monástica.

Mártires benedictinos.

Tres monasterios benedictinos, y los tres de advocación mariana, quedaron en julio de 1936 en la “zona roja” o “republicana”: Montserrat (Barcelona), El Pueyo (diócesis de Barbastro, Aragón) y Montserrat de Madrid (priorato dependiente de la abadía de Santo Domingo de Silos, situada en la provincia de Burgos).

Los mártires de Montserrat (Barcelona).

El gran santuario mariano de Montserrat, centro espiritual de Cataluña, había visto renacer la vida monástica benedictina en 1844. Al poco de producirse el Alzamiento Nacional del 18 de julio de 1936, los comités izquierdistas se adueñaron de los alrededores y comenzó el incendio de iglesias y la caza de sacerdotes y religiosos: la

evidencia de la inminente persecución religiosa llevó a los monjes de Montserrat a decidir en capítulo el abandono del monasterio y la dispersión de la Comunidad. El último acto comunitario había sido el previo canto de las Vísperas en el coro el 22 de julio. Bien pronto, los revolucionarios subieron al santuario y se fueron incautando de algunas dependencias, pero providencialmente quedó a salvo del intento de incendiarlo. La imagen de la Virgen (la “Moreneta”) fue escondida por los monjes, que hubieron de salir de allí sin obtener el salvoconducto que se había solicitado para asegurar sus vidas durante el viaje. Hubo también que evacuar a los huéspedes y a toda la gente que estaba ese verano en Montserrat, pero se dio la prioridad a los niños de la Escolanía y a sus familiares para que marcharan antes que nadie. Los religiosos fueron saliendo en varios grupos y a distinto tiempo; ninguno fue asesinado allí mismo.



Los monjes de Montserrat, por lo tanto, se dispersaron por diversos lugares, pero un total de 23 (de los que uno estaba en El Pueyo) fueron detenidos y martirizados. Otros fueron también apresados, aunque finalmente no se les mató, pero sufrieron un verdadero calvario; asimismo padecieron dificultades y penalidades los que estuvieron escondidos con gran peligro. Algunos pudieron ser fraternalmente acogidos en monasterios de la Orden en la España nacional, Portugal, Francia, Italia, Alemania, Suiza y Bélgica. Por otro lado, el obispo de Pamplona, Mons. Marcelino Olaechea, S.D.B., consiguió el edificio del balneario de Belascoain, a 22 km. de Pamplona, para que pudiera reunirse allí parte de la Comunidad y rehacer la vida regular; además, muchas otras personas ayudaron a los monjes en la medida de sus posibilidades. Una vez concluida la guerra, se restauró de lleno la vida benedictina en Montserrat.

Pero, centrándonos más en los mártires de este monasterio, asesinados entre el verano de 1936 e inicios de 1937, hay que decir que llama la atención, por una parte, la gran diversidad de edades: desde los 18 años (Dom Hildebrando Casanovas) hasta los 82 (P. José M^a Fontseré). Sus martirios, como se ha indicado, no se produjeron en el santuario, sino en distintos sitios, al ser reconocidos como religiosos, apresados y asesinados. Así, a pesar de la autorización y supuesta protección que tenían siete monjes (cuatro padres, que eran José M^a Fontseré, Domingo M^a González, Juan M^a Roca y Ambrosio M^a Busquets; dos hermanos coadjutores: Eugenio M^a Erausquin y Emiliano M^a Guilà; y un benedictino visitante, P. Plácido M^a Feliú) para residir en un piso de la ronda de San Pedro de Barcelona, fueron sacados en la noche del 19 al 20 de agosto por un grupo de milicianos, uno de los cuales, después de proferir una blasfemia, empujó cruelmente al anciano P. José M^a Fontseré y le tiró por las escaleras de la vivienda donde se habían refugiado, porque las bajaba con dificultad. A continuación, les dieron el paseo nocturno y les fusilaron en el cruce de la calle Dels Garrofers con la avenida de la Victoria. Los cadáveres, abandonados, pudieron ser reconocidos y amortajados en el depósito del Hospital Clínico y transportados el domingo siguiente en siete ataúdes hasta el cementerio, donde fueron enterrados en nichos cedidos por amigos de Montserrat, e incluso un benedictino disfrazado entre la gente pudo rezar un responso individual. Menos suerte tuvieron los restos mortales de otros monjes de la Comunidad, como el P. Odilón M^a Costa, Dom Narciso M^a Vila y Dom Hildebrando M^a Casanovas, que desaparecieron en la estación de ferrocarril de la plaza de Cataluña y aparecieron muertos en el depósito del Clínico el 29 de julio, sin que nadie los reclamara, siendo así arrojados a una fosa común del cementerio sudoeste de Barcelona.

De los 23 mártires montserratinos, uno fue asesinado junto con la Comunidad de El Pueyo, como ya hemos dicho. Diecinueve eran catalanes, tres castellanos y uno vasco. Varios destacaban en el aspecto cultural e intelectual, como el P. Luis Palacios, orientalista, catedrático en Roma y autor de valiosas gramáticas de lenguas semíticas; el latinista P. Domingo González; el helenista P. Odilón Costa; el historiador P. Veremundo Boqué; los compositores P. Ángel Rodamiláns, Dom Francisco Sánchez y el Hermano Ildefonso Civil, y el musicólogo P. Juan Roca. Además, en los oficios artesanos del monasterio cabe resaltar figuras como el sastre Hno. José M^a Jordà y el impresor Hno. Eugenio M^a Eurasquin.

Es precioso constatar la disposición martirial con que los monjes de Montserrat afrontaban todo lo que pudiera acontecerles, incluso hasta la muerte, como

efectivamente sucedió en el caso de los mencionados 23. Así, conforme a los testimonios recogidos para la Causa de beatificación y canonización, el P. Prior, Dom Roberto Grau, aseguraba que “mi corazón se encuentra en una dulcísimo expectación” y que aceptaba a ciegas la voluntad de Dios. El P. Fulgencio Albareda, al ser detenido en Tarrasa, afirmó “ofrecer su vida a Dios por la salvación de España”. El P. Domingo González indicó al hermano de un monje que “yo ya he ofrecido mi vida a Dios cuando entré en religión, y de muy buen grado la daré por Él si llega el momento”. El P. Odilón Costa manifestaba repetidamente a un compañero “su extraordinario deseo del martirio”. El profeso temporal (júnior) Dom Narciso M^a Vilar decía a algunos compañeros: “¡Cómo me agradecería ser mártir!”. El Hno. Emiliano M^a Guilà, conversando con un compañero del servicio militar a principios de 1936, le dijo estar seguro de que habría “persecución y que presentía que él no se libraría de la muerte, lo cual, en vez de perturbarle, le hacía estar contento, porque moriría por Dios”. Podríamos añadir varios testimonios más, pero nos parece que son ya una buena muestra del espíritu con que aquellos 23 monjes afrontaron el trance final, encarando la muerte con miras abiertas al Cielo, a la eternidad.

Sus nombres, dignos de ser recordados, son los siguientes: los PP. Roberto M^a Grau (prior), Fulgencio Albareda (mayordomo), José M^a Fontseré, Pedro Vallmitjana, Domingo González, Juan Roca, León Alesanco, Luis Palacios, Ambrosio M^a Busquets, Plácido M^a Feliú, Odilón M^a Costa, Ángel Rodamiláns, Sebastián M^a Feliú, Veremundo M^a Boqué y Raimundo Lladós (que residía entonces en El Pueyo y fue asesinado en Barbastro, aunque era profeso de Montserrat); los clérigos Dom Francisco Sánchez, Dom Narciso M^a Vilar y Dom Hildebrando M^a Casanovas; y los Hermanos Bernardo Vendrell, José M^a Jordá, Ildefonso Civil, Eugenio M^a Erausquin y Emiliano M^a Guilà.

Los mártires de El Pueyo (Barbastro, Huesca).

Uno de los episodios martiriales más hermosos e impresionantes entre los monjes españoles es, sin duda alguna, el padecido por la Comunidad benedictina de Nuestra Señora de El Pueyo, del monasterio entonces asentado sobre ese montículo y santuario mariano a las afueras de Barbastro, la diócesis que, en proporción, sufrió la más feroz persecución religiosa (88% del clero asesinado). Los benedictinos habían llegado a él en 1890 y enfocaron la fundación en gran medida para la formación de los monjes que habrían de ir a la misión que tenían en Australia y que había sido comenzada por la gesta evangelizadora del benedictino gallego Dom Rosendo Salvado.

Para conocer lo sucedido en 1936, es fundamental el testimonio aportado por el P. Plácido M^a Gil, monje hoy de Leyre y entonces uno de los niños colegiales en el monasterio, que salvó su vida; también otros júniores y los otros cinco colegiales que había se salvaron, así como dos hermanos legos, uno de ellos de nacionalidad francesa, que ha sido testigo de la vida carcelaria de los 18 mártires (17 de El Pueyo y uno de Montserrat).

Previamente a producirse el Alzamiento Nacional del 18 de julio de 1936, los monjes de El Pueyo sabían bien que el martirio podía llegarles, dado el ambiente de anticlericalismo violento que se masticaba en las izquierdas revolucionarias. Así, cuando el P. Honorato Suárez se despidió por última vez de sus padres y la madre le sugirió que marchara al extranjero, pues él estaba convencido de que les matarían, contestó: “No, Mamá; ¿le parece poco bonito morir por Dios y subir al Cielo?” Y el P. Mariano Sierra, al despedirse de una vecina de Barbastro el 15 de julio, le dijo: “Si no nos vemos más, hasta el Cielo”.

La noticia del Alzamiento llegó al monasterio el día 20 por la mañana y se comunicó a la Comunidad casi de inmediato, al acabar la Santa Misa conventual. El joven prior, Dom Mauro Palazuelos Maruri, de 33 años, convino con sus monjes en dar permiso para que abandonaran El Pueyo quienes lo desearan y que buscasen refugio donde mejor les pareciera, pero sólo unos pocos optaron en firme por esto, algunos de los cuales, sin embargo, darían finalmente su sangre por Cristo. Los demás permanecieron y prosiguieron la vida comunitaria. El día 21 fue detenido el primer monje y el resto resultó apresado el 22 por la tarde; acusaban a los religiosos de esconder armas, algo que era del todo falso, pero que era creído por los milicianos rojos, quienes por eso no se atrevían de primeras a asaltar el monasterio.

El grupo fue conducido primero a una propiedad de la Comunidad, “El Mesonet”, y al día siguiente al Colegio de las Escuelas Pías de Barbastro, donde estaban recluidos también la mayoría de los 51 claretianos y la propia comunidad de 13 escolapios, a todos los cuales se uniría el obispo de la diócesis, don Florentino Asensio Barroso, el día 23: todos ellos serían cruelmente martirizados. Los 6 colegiales benedictinos, de entre 12 y 15 años de edad, fueron primero encerrados también con ellos, pero el día 23 de agosto el Comité revolucionario de Barbastro, movido por fin por algo de humanidad, les separó y finalmente se pudieron salvar, si bien alguno de los jefes rojos intentó que corrieran la misma suerte que los mayores porque, decía, “ellos mismos se lo han buscado al no quererse separar de la Comunidad”. La penosa vida

carcelaria llevó a las tres comunidades con el obispo a verse unidas y hermanadas, y, en la medida en que pudieron, los monjes celebraron la Santa Misa a escondidas y cuidaron sus prácticas piadosas y la confesión sacramental.

Mártires benedictinos de El Pueyo



Dom Mauro Palazuelos Maruri, Prior



Dom Aurelio Boix Cosials

El 26 de julio comenzaron en Barbastro las ejecuciones de ciertas personas por su condición de católicos, concretamente unos jóvenes seculares de Acción Católica y el hermano benedictino Vicente Burrel. El 9 de agosto fue asesinado el obispo con otros más, posiblemente entre ellos el benedictino P. Mariano Sierra (o bien éste ya el día 2); a partir de esa fecha, comenzaron las “sacas” y los consiguientes asesinatos. La mayoría de los monjes de El Pueyo sufrió el martirio en la madrugada del 28 de agosto; la señal de que la hora era inmediata fue la separación de los colegiales respecto de la Comunidad por el Comité revolucionario, un hecho a la vez doloroso y grato, pues la relación de afecto era muy estrecha, pero se sabía que seguramente los niños salvarían sus vidas al haberse tomado esta decisión. En el Colegio de los escolapios no quedaban ya más que 12 religiosos de éste (a uno se le había liberado) y los 15 monjes (pues los otros 3 asesinados lo fueron en fechas anteriores por no hallarse entre los encarcelados). La brutalidad era evidente y los verdugos no dudaron en decir a los niños recién separados: “Pronto mataremos a los de arriba”. No obstante, a pesar de la separación, el P. Lladós hizo alguna visita furtiva a los colegiales, quienes, aunque aparte, aún seguían presos.

La vida religiosa comunitaria preparó magníficamente a los escolapios y a los benedictinos para la muerte en las horas finales. Los escolapios incluso celebraron el 27 de agosto la fiesta de su fundador, San José de Calasanz, precisamente aragonés. A las doce de la noche, sin previa forma de juicio alguno, los milicianos irrumpieron en la estancia de los monjes y los sujetaron con una larga soga; el prior, Dom Mauro, dio la absolución a todos y los sacerdotes se la dieron entre sí. Fueron subidos a un camión, en el cual enseguida comenzaron a gritar: “¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen del Pilar! ¡Viva la Virgen del Pueyo!” Las blasfemias de los milicianos nada pudieron contra los vivas y las alabanzas de los monjes, como han testificado muchos vecinos de Barbastro, ni tampoco los terribles culatazos de fusil que comenzaron a propinarles y que llegaron a romper los dientes de algunos y a herirles duramente en la cabeza.

Los monjes, al poco de bajar del camión en las cercanías de la ciudad, llevados como mansos corderos, perdonaron a sus verdugos, quienes les maltrataron y les dispararon. Preciosa es la muerte del prior, Dom Mauro, que con gran serenidad no dejó este mundo sin despedirse “mirando a mi Madre”, la Virgen del Pueyo, y entonándole la *Salve Regina*. Asimismo, un testimonio bien elocuente y bonito son las cartas que escribió el Hermano Aurelio Ángel Boix Cosials, recién profesado solemnemente a sus 21 años, y sobre todo la dirigida a sus padres y a su hermano; en todas ellas expresaba su gran felicidad por poder morir mártir de Cristo.

La lista de los mártires es la siguiente: PP. Mauro Palazuelos Maruri (prior, nacido en 1903), Honorato Suárez Riu (subprior y prefecto de júniores; 1902), Mariano Sierra Almázor (1869), Raimundo Lladós Salud (1881; profesado de Montserrat, según se indicó ya), Leandro Cuesta Andrés (1870), Fernando Salinas Romeo (1883), Domingo Caballé Bru (1883), Santiago Pardo López (1881), Ildefonso Fernández Muñiz (1897), Anselmo M^a Palau Sin (1902) y Ramiro Sanz de Galdeano Mañeru (1910); Dom Rosendo Donamaría Valencia (1909; diácono), Dom Lorenzo Ibáñez Caballero (1911; subdiácono), Dom Aurelio Boix Cosials (1914; tonsurado); Hermanos Lorenzo Santolaria Ester (1872), Lorenzo Sobrevia Cañardo (1874), Ángel Fuertes Boira (1889) y Vicente Burrel Enjuanes (1896). Por origen geográfico eran: 9 aragoneses, 4 castellano-viejos, 2 navarros, 2 catalanes, un asturiano y un santanderino (el prior).

Los mártires de Silos en Madrid.

La abadía de Santo Domingo de Silos (provincia de Burgos), restaurada para la vida monástica en 1880 por monjes de Solesmes (Francia) e incorporada a esta

Congregación benedictina, recuperó a su vez en 1922 el monasterio de Nuestra Señora de Montserrat de Madrid (“el Montserratico”), sito en la céntrica calle de San Bernardo, que ha permanecido hasta hoy como un priorato dependiente de la mencionada abadía de Silos.

Ya antes de cumplirse un mes de la proclamación de la II República (14 de abril de 1931), el 11 de mayo, se vio con claridad que la persecución religiosa se cernía sobre España, cuando se produjo el asalto e incendio de numerosos conventos e iglesias en diversos lugares de la nación, entre ellos Madrid: el “Montserratico” quedó a salvo entonces, aunque no estuvo lejos de ser pasto de las llamas, y se optó por hacer que los monjes lo dejaran y se distribuyeran por distintas casas particulares, al igual que las benedictinas de San Plácido de Madrid. Una vez pasado este primer peligro, los religiosos volvieron y se restableció la vida comunitaria.

El 17 de julio de 1936, uno de los monjes que moriría mártir, el P. Rafael Alcocer, llevó a sus hermanos de hábito la noticia del alzamiento de la guarnición de Melilla. A partir del día 19, después de ser incendiada la catedral de San Isidro por la noche, la Comunidad benedictina se dispersó y sólo permaneció en el monasterio el P. Luis Vidaurrázaga; volvieron todos el 20 y estuvieron yendo y viniendo en las horas siguientes. La tarde del 21, los revolucionarios prendieron fuego a la puerta de la iglesia, pero la dirigente comunista Dolores Ibárruri, “la Pasionaria”, que ocupaba un local cercano desde hacía poco y tal vez temía también por su propia instalación, impidió que prosiguiera el acto salvaje arengando a la muchedumbre que estaba ebria de destrucción y muerte: “Este edificio es del pueblo y es para el pueblo”. Desde entonces, los monjes no volvieron a entrar en el monasterio, cuya iglesia sufrió el saqueo, las profanaciones de imágenes y de objetos litúrgicos y la mofa burlesca e irreverente de los milicianos marxistas; se utilizaron las dependencias primero como cárcel y pronto se le asignaron otros usos de tipo político, “judicial” y militar.

Siete monjes formaban la Comunidad en esas fechas, cuatro de los cuales serían finalmente martirizados y otros tres lograrían salvarse, aunque también padecieron diversas penalidades, incluso con estancia en prisión. El P. José Antón Gómez, nacido en 1878, era el prior desde 1927 y fue detenido el 24 de septiembre de 1936 en el Hotel “Laris”, donde estaba refugiado. Llevado a la *cheka* de Fomento, fue sometido a declaración y se confesó como religioso: por este motivo, fue asesinado en la carretera de Andalucía en la madrugada del día 25 y su cadáver fue reconocido el 27. Todos los que le conocían en vida lo definían como un santo.

Mártires de Silos



Padre Antolín Pablos



Padre José Antón Gómez



Padre Luis Vidaurrázaga



Padre Rafael Alcocer

El segundo mártir del “Montserratico” es el P. Antolín Pablos Villanueva, nacido en 1871 e igualmente de la provincia de Burgos. Como monje de Silos, participó en la fundación que la abadía realizó en Méjico y más adelante se asentó en el monasterio de Madrid. Detenido en octubre de 1936 y reconocido como religioso, fue enviado a la cárcel Modelo, de donde se le sacó el 8 de noviembre para asesinarle, junto con otros presos, en el Soto de Aldovea. Hombre sencillo, destacó como un monje amante de la celda y del estudio.

El tercer mártir fue el madrileño P. Rafael Alcocer Martínez, nacido en 1889, quien sobresalió por su labor intelectual y como orador sagrado. Pasó notables penalidades a raíz de la dispersión de la Comunidad de Montserrat, buscando refugio hasta que unos anarquistas le detuvieron el 30 de septiembre y le asesinaron el 4-5 de octubre. Se sabe que aceptó la muerte con entereza martirial.

En fin, el P. Luis Vidaurrázaga González era el más joven de los cuatro: nació en Bilbao en 1901. El 20 de julio protagonizó un acto realmente heroico ante las turbas rojas que amenazaban el Montserratico, colocando con gran serenidad una bandera blanca en la torre y demostrando que no se estaba disparando desde ella, frente a las acusaciones que se habían hecho. Después de diversas penalidades, fue finalmente asesinado el 31 de diciembre en el Arroyo de la Elipa.

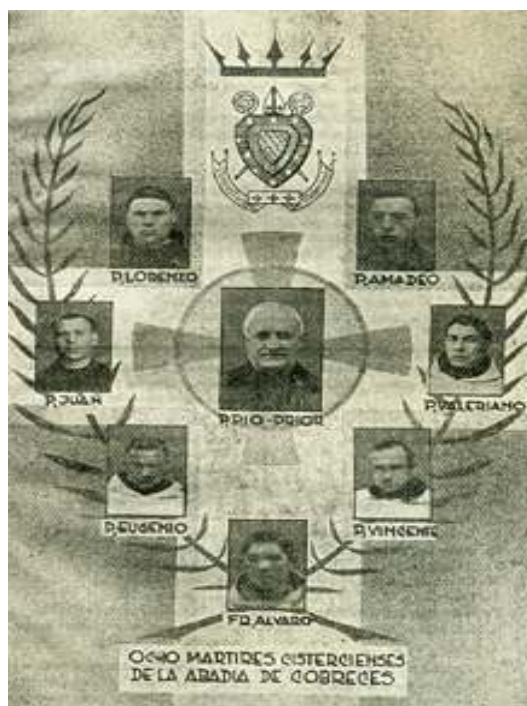
Mártires cistercienses.

La represión en Santander fue especialmente cruel, aun cuando, en los primeros meses de la guerra, la persecución religiosa no alcanzase en ciertos aspectos el relieve existente en otras partes de la “zona roja”. Son enormemente tristes los asesinatos cometidos en el faro de Cabo Mayor, donde fueron arrojadas al mar más de un centenar de personas atadas con una piedra, bien desde las rocas, bien desde barcas; y los realizados en los barcos-prisión “Alfonso Pérez”, “Altuna Mendi” y “Cabo Quilates”.

La abadía de Viaceli en Cóbreces, de la Orden Cisterciense de la Estricta Observancia (habitualmente conocidos también como “trapenses”), era de fundación relativamente reciente (1903, erigido en abadía en 1926) y había sido impulsada por los hermanos Bernardo de Quirós en buena medida con el fin de impulsar el desarrollo agropecuario de la comarca, siguiendo el modelo de los monasterios medievales, para que los monjes introdujeran allí nuevas técnicas y fueran asimiladas por los paisanos. En 1918 llegó como monje, procedente del monasterio de Val San José entonces existente en Getafe (Madrid), el P. Pío Heredia Zubía, nacido en Larrea (Álava) en

1875, quien siempre destacó por su piedad mariana y pronto adquirió fama de santidad. Ocupó diversos cargos (maestro de oblatos, maestro de novicios y finalmente prior) y, entre 1918 y 1936, la Comunidad vio crecer el número de sus miembros de 20 a 64.

Pese a las incomodidades provocadas por los milicianos (cacheos, amenazas de muerte, etc.), los monjes mantuvieron la vida regular hasta el 20 de agosto, cuando la iglesia fue clausurada, y todavía hasta el 8 de septiembre, pues pudieron proseguirla en las otras dependencias del monasterio. Este último día, la Comunidad en pleno fue detenida y trasladada a Santander, a partir de una orden dada desde los centros anarquistas de la ciudad; sólo cinco religiosos pudieron permanecer en Cóbreces y no se apresó al abad, P. Manuel Fleché, debido a su nacionalidad francesa: encomendó entonces al P. Pío Heredia el cuidado de todos sus hijos espirituales, en la medida de lo posible. En la capital de la provincia, 38 monjes fueron recluidos en prisión y otros fueron puestos en libertad, aunque controlados; 13 serían martirizados en tres grupos distintos, y otros cuatro, habiendo podido marchar, fueron finalmente asesinados en distintas circunstancias. En total, murieron como mártires 19 monjes de la Comunidad, encabezados por el prior, P. Pío.



Antes de ingresar en prisión, sufrieron las burlas y mofas de las turbas y los gritos pidiendo su muerte: “¡Al faro! ¡Mueran los curas! ¡Abajo los frailes!” La serenidad y el recogimiento de los monjes fueron siempre modélicos y mantuvieron una intensa vida de piedad, incluso con el estremecedor canto de la *Salve* cisterciense en voz baja; en todo momento, el ejemplo dado por el P. Pío era fundamental para los demás. Los testigos afirman quedar sorprendidos por la paz y por sus oraciones, así como por la manera en que se confortaban mutuamente. El P. Pío les exhortaba acerca del sentido de lo que se vivía: “Si algo debemos decir de la terrible prueba a la que el Señor ha sometido a su Iglesia en España, hagámoslo sin faltar a la caridad, sin impaciencia. Él y la Madre saben el por qué de esta persecución”; y sonriendo después, añadía: “¡Menos comentarios y más oración!”

Hubo varios grupos distintos de presos cistercienses de Viaceli; algunos hubieron de sufrir las crueles torturas del tristemente famoso comisario de Santander, Manuel Neila, que hizo que empujaran al P. Pío duramente contra la pared y que le golpearan durante los interrogatorios, participando él mismo en las acciones violentas y acompañándolas con insultos y blasfemias, a todo lo cual el prior respondía con el silencio, con mansas recriminaciones o con alabanzas a Dios, con una entereza y una tranquilidad que irritaban al verdugo. Después de la sesión, animó a sus hijos espirituales a prepararse a una muerte ya inminente.

La noche del 2 al 3 de diciembre fueron sacados de la prisión el prior y cinco monjes, y en la noche siguiente un grupo de otros cinco. Con las manos atadas a la espalda, fueron arrojados al mar, parece que todos ellos desde el faro de Cabo Mayor, aunque quizá algunos lo fueran desde barcazas; el mar devolvió sus cuerpos unos días después en las playas de Somo y se comprobó que uno de los cadáveres tenía la boca cosida con alambre. Los que no murieron de este modo, fueron asesinados en la carretera o cayeron víctimas en diversas circunstancias.

Los nombres de los mártires, muchos de ellos jóvenes, son los siguientes (los recogemos en el orden en que los ofrece el librito del P. Ignacio Astorga, O.C.S.O., atendiendo a formas y fechas de muerte): P. Pío Heredia Zubía (prior), P. Amadeo García (nacido en 1905), P. Valeriano Rodríguez (1906), P. Juan Ferris (1905), Fray Álvaro García (1915), Fr. Marcelino Martín (1913), Fr. Antonio Delgado (1915), Hermano Eustaquio García (1891), Hno. Ángel Vega (1868), Hno. Ezequiel Álvaro (1917), Hno. Eulogio Álvarez (1916) y Hno. Bienvenido Mata (1907), P. Vicente Pastor

(1905), P. Santiago Raba (1910), P. Ildefonso Telmo (1912), P. Emiliano Velasco (1914), Hno. Leandro Gómez (1915) y P. Lorenzo Olmedo (1888). En su Causa de beatificación y canonización ha sido introducida juntamente la de dos monjas cistercienses de Algemés (provincia de Valencia): M. Micaela Baldoví y M Natividad Medes, asesinadas en 1936. En las listas de Mons. Montero, aparecen entre las religiosas asesinadas en la persecución religiosa: una bernarda del Santísimo Sacramento, tres bernardas de Vallecas (Madrid) y una cisterciense.

Mártires cartujos.

De los tres monasterios de la Orden de la Cartuja existentes en España en 1936, dos se vieron salvados de la persecución religiosa por encontrarse en “zona nacional”: Miraflores (Burgos) y Aula Dei (Zaragoza). Sin embargo, la cartuja de Montalegre (Tiana, Barcelona) quedó en “zona roja”.

El 16 de febrero de 1936, el día de las elecciones que de forma más bien irregular dieron la victoria al “Frente Popular”, esta Comunidad contaba con 37 monjes (21 padres y 16 hermanos). Ante el resultado de las urnas y lo que cabía prever que sucediera más tarde o más temprano, el prior prohibió todo intento de defensa armada de la cartuja en caso de asalto y no se realizó ningún preparativo de fuga, sino que se habrían de mantener la vida ordinaria y la plena observancia.

El 19 de julio, conocida la noticia del Alzamiento y de sus repercusiones en Barcelona, donde se frustró, se celebró en Montalegre la misa *Pro tempore belli* y se informó a la Comunidad de la situación, disponiendo únicamente el silencio de la campana y la supresión del paseo semanal. El 20 por la mañana llegaron los anuncios del muy previsible asalto por parte de milicianos izquierdistas, presididos por el alcalde de Tiana y otros líderes suyos, que estaban incendiando ya la iglesia del pueblo: inmediatamente se dio la orden de vestirse de paisano y de afeitarse la tonsura, así como las barbas de los hermanos, pero todo se llevó a cabo con mucha precipitación y confusión, quedando en su mayoría mal disfrazados. El procurador trató de salvar todos los objetos de culto que pudo, con los más jóvenes y el sacristán, y se puso asimismo en relación con el jefe de los revolucionarios de Tiana en un intento por evitar el incendio de la cartuja, mientras los monjes procuraban huir. Sin embargo, hacia las 18 h. comenzó el asalto, realizado a un mismo tiempo con cierta cautela y con furia, porque

había corrido el bulo, difundido incluso por la radio, de que los cartujos disponían de armas y que había entre ellos un antiguo oficial ruso zarista.

Los atacantes pertenecían a la anarquista C.N.T.-F.A.I. y a la Esquerra Republicana de Catalunya y actuaron bajo el mando de un mallorquín de esta última formación política, apellidado Franquesa y apodado “el Badaloní”. Subieron desde Badalona y pudieron entrar, lógicamente, sin resistencia alguna, prosiguiendo con el incendio sacrílego en lo religioso y salvaje en lo artístico. Sorprendieron a los monjes, pero el “Badaloní”, hombre de buen corazón, quiso llevarles a Badalona y salvarles la vida, defendiéndoles frente a los deseos asesinos de los milicianos anarquistas que pretendían matarles allí mismo. No obstante, no pudo impedir que, a excepción de los cuatro monjes más débiles y enfermos que quedaron en la Conrería de la cartuja, más otro que pudo huir después de ser hecho prisionero y otros cuatro que se escondieron en el bosque y no fueron localizados, los otros 28 tuvieron que ir andando hasta Badalona, en vez de hacerlo en camión o en autobús como él había proyectado.



Cartuja de Montalegre - cementerio

Dispuestos, pues, a iniciar la marcha, un coche de milicianos y milicianas anarquistas les sometió a engaño haciendo subir a dos de ellos, el prior y el procurador, a los que obligaron a bajar al poco rato y les dispararon: el procurador cayó muerto de manera fulminante, pero el prior quedó herido e inmóvil hasta que la Cruz Roja le recogió. La columna del resto de los monjes, mientras tanto, caminaba hacia Badalona entre amenazas, blasfemias, empujones y culatazos de mosquetones, con conciencia creciente de una próxima muerte (pasaron junto a los dos cuerpos en el suelo y los

vieron) y confortándose entre ellos, dándose la absolución, rezando jaculatorias y preparándose para el martirio. Más adelante, los mismos ocupantes del coche de antes hicieron subir a él al vicario y al *antiquior*, a los que al poco sacaron y dispararon igualmente. Por tanto, los cartujos veían que iban a ir siendo asesinados de dos en dos a lo largo de la carretera, por lo que continuaron preparándose para la muerte y haciendo la recomendación del alma: según el testimonio de un superviviente, “la visión de la eternidad que se abría ante nuestros ojos nos hacía olvidar los que, a pesar de su malicia, son instrumentos de la amorosa Providencia que utiliza su odio diabólico para llevar a cabo sus altísimos designios; [...] nos tenía indiferentes la actitud de nuestros verdugos mientras podíamos continuar con religioso recogimiento, como pudiéramos hacerlo en un insólito paso nocturno. La elevación de nuestras almas se hacía insoportable a nuestros enemigos” y éstos aumentaron su trato cruel sobre las víctimas.

Mientras tanto, otro coche adelantó a la columna y se detuvo más adelante: los anarquistas que iban en él llevando presos a un monje y al capellán de la Conrería (que era un sacerdote secular) fusilaron a éstos. Y al poco, intentaron coger a otros dos de la columna, pero el “Badaloní” por fin se logró imponer gritando: “¡Basta de asesinatos de inocentes! ¡Antes de continuar tendréis que matarme a mí!”

Los últimos 4 km. hasta Badalona fueron un verdadero “vía crucis”. Al llegar al cementerio, los milicianos les intentaron torturar psicológicamente, disponiéndoles en fila como para fusilarles allí y apuntándoles con las armas, hasta que un tiempo después ordenaron reanudar la marcha. Poco más tarde, un autobús les llevó a la entrada de Badalona para dar la sensación ante la población de que se les había venido conduciendo así, ocultando de manera hipócrita lo realmente acontecido. Pero, para ir al ayuntamiento, nuevamente de pie, las turbas izquierdistas salieron a amenazarles y a pedir su muerte; sin embargo, el “Badaloní”, el alcalde de Badalona y el Sr. Mora, fusil en mano, se encararon enérgicamente a los milicianos e hicieron llegar a los cartujos al ayuntamiento, donde el Comité revolucionario decidiría su suerte. Las tres personas indicadas ordenaron un buen trato para los religiosos y consiguieron que el Comité dispusiera su distribución en las casas de varias familias que les daban acogida, lo cual, por supuesto, sería siempre un peligro para éstas. El 27 de julio, varios de los monjes pudieron llegar a los consulados de otros Estados y salir a ellos con dificultades, siendo allí recibidos en monasterios de la Orden, mientras otros permanecieron con graves riesgos en Barcelona. El 5 de agosto fue detenido y asesinado el Hno. Guillermo, sin

que se encontrase su cadáver, y otros tres padres fueron ejecutados el 15 de octubre, hallándose ahora en alguna fosa común de paradero desconocido.

En total, 6 cartujos murieron asesinados: los PP. Dom Celestín Fumet (procurador) y Dom Isidoro Pérez el 20 de julio en el traslado a Badalona, y después los PP. Dom Manuel Balart, Dom Agustín Navarro y Dom Luis Sellarés y el hermano Fr. Guillermo Soldevilla al ser capturados en su refugio en Barcelona. En cambio, de los tiroteados en la carretera de Montalegre a Badalona, salieron vivos finalmente, por no haber quedado bien rematados (lo cual refleja la ineptitud de estos milicianos en el uso de las armas), los PP. Dom Luis Cierco, Dom Miguel Dalmau (vicario) y Dom Benigno Martínez (antiquior), quienes fueron considerados después por sus hermanos como verdaderos mártires. Sí murió en la carretera, en cambio, el capellán de la Conrería, D. Pedro de la Riba, que era sacerdote secular.

Un monje jerónimo mártir, restaurador de su Orden.

La Orden de San Jerónimo, extendida sólo por España y Portugal, desapareció por completo en su rama masculina con las desamortizaciones liberales emprendidas en ambos Estados en 1835-36. Por lo tanto, su restauración, animada por la rama femenina, debería empezar de cero, y así ocurrió: tras dos intentos fallidos en El Escorial en 1854 y en Guadalupe (de España) en 1884, por fin en 1922 se comenzó a poner en marcha un proyecto que se hizo viable en el monasterio de El Parral de Segovia, con un pequeño grupo de jóvenes, entre los cuales destacaba Manuel Sanz Domínguez (como nombre de religión adoptó el de Fray Manuel de la Sagrada Familia).

Don Manuel había nacido el último día de 1887 en un pequeño pueblo de la provincia de Guadalajara y fue siempre muy piadoso y mostró inclinación al sacerdocio, por lo que se encomendó su educación a un tío sacerdote en Coscurita (provincia de Soria). Comenzó a trabajar como ferroviario, después de ganar una plaza por examen, y estuvo en varios destinos. En 1918 ingresó en el sector bancario, donde pronto ascendió por su capacidad. Dirigido espiritual del jesuita San José M^a Rubio, destacó en Madrid como apóstol seglar y, advirtiendo la vocación religiosa, acabó formando parte del grupo que habría de iniciar con gran entusiasmo la restauración de la Orden de San Jerónimo. Una vez realizadas todas las gestiones oportunas, en las que él tuvo parte importante incluso yendo a Roma y contemplando el agrado del papa Pío XI ante el proyecto, los nuevos jerónimos comenzaron la vida regular en El Parral en 1925. En

este monasterio, al igual que otros monjes, recibió la ordenación sacerdotal e hizo profesión de sus votos, temporales primero, y solemnes después.

Pero el advenimiento de la II República vino casi a fulminar todas las ilusiones, más aún cuando al clima de anticlericalismo se unieron la actitud vacilante de algunos eclesiásticos ante el proyecto jerónimo y otros problemas más: se pensó entonces seriamente en el traslado a otro lugar, incluso a Irlanda.

El Alzamiento Nacional del 18 de julio sorprendió al P. Manuel en Madrid, donde los milicianos rojos lograron detenerle el 5 de octubre, por ser religioso y sacerdote. Era consciente de lo que podía ocurrirle (pues conocía que le buscaban) y sabía bien lo que le esperaba; afrontó la situación con admirable entereza y con gran paz, como lo reflejan las palabras que de su boca oyó unos días antes una monja jerónima: “Suceda lo que suceda, doy gracias a Dios, porque me ha concedido un destino grande y hermoso. Si vivo, creo que veré restaurada la Orden Jerónima, objeto de todos mis sueños; y si muero, seré mártir por Cristo, que es más de lo que podría soñar”.

Estuvo preso en una comisaría madrileña y luego en la Dirección General de Seguridad, pero finalmente fue llevado a la Cárcel Modelo y sacado de ésta entre los días 6 y 8 de octubre para ser fusilado en Paracuellos del Jarama, donde se le enterró en una fosa común. Como “la sangre de mártires es semilla de cristianos”, según dijera Tertuliano, después de la guerra la Orden de San Jerónimo conoció una nueva fase de restauración con jóvenes vocaciones. En la persecución religiosa de 1936-39 murieron también asesinadas al menos dos monjas del monasterio de la Concepción Jerónima de Madrid.

Mártir jerónimo



Padre Manuel de la Sgda Familia

Ermitaños mártires.

En julio de 1936 había en España cuatro familias religiosas de vida eremítica o semieremítica, además de la Cartuja: el yermo camaldulense de Herrera (provincia de Burgos; de la Congregación de Montecorona), la Congregación de Ermitaños de San Pablo y San Antonio Abad en un eremitorio de la sierra de Córdoba próximo a la ciudad, la Congregación de San Pablo y San Antonio con varios eremitorios en la isla de Mallorca, y los Hermanos Ermitaños de Nuestra Señora de la Luz en el santuario de este nombre en la sierra de Salé (provincia de Murcia). Salvo estos últimos, los demás quedaron en “zona nacional” y, en consecuencia, no padecieron persecución.

En realidad, los Hermanos de la Luz, a diferencia de las otras tres familias religiosas que indicamos, habían perdido ya prácticamente el estilo de vida anacorético y realizaban más vida cenobítica, de comunidad, pero eran de origen eremítico, veneraban a San Antonio Abad como principal patrón y de derecho eran ermitaños. No es fácil saber con exactitud cuándo surgieron: las primeras noticias de la presencia de ermitaños en aquellas cuevas remiten a principios del siglo IX, pero muy probablemente los hubo ya en época visigótica, en los siglos VI y VII; sin embargo, los primeros documentos seguros son de 1429 y 1528: en éste se habla de los “Ermitaños de San Pablo”. Se sabe también que eran diversos ermitaños que se hallaban bajo el patrocinio de la Virgen de la Fuensanta. Existen más datos desde mediados del siglo XVII y las primeras constituciones de los Ermitaños de la Luz fueron aprobadas por el obispo de Murcia en 1697, en las cuales propiamente pasaban a adoptar vida de comunidad y abandonaban las cuevas, algo que se llevó a cabo definitivamente bajo el cardenal Belluga en la primera mitad del siglo XVIII.

Al quedar la zona bajo dominio rojo el 18 de julio de 1936, la comunidad se dispersó el día 22 y sus miembros se repartieron por casas particulares. Sin embargo, siete hermanos de la Luz fueron más tarde apresados en diversas circunstancias: cinco fueron encarcelados y puestos en libertad algo después, si bien hubieron de pasar muchas penalidades.

En cambio, el Hno. Bernardo de Nuestra Señora de la Luz (Manuel Orenes Costa era su nombre seglar), localizado por un grupo de milicianos el 15 de agosto en la casa de un hermano suyo de sangre en Llano de Brujas, en la que se había refugiado, fue asesinado prácticamente a continuación y su cadáver llegó al día siguiente al cementerio de Espinardo, donde lo reconoció el conserje de éste; fue depositado en el cementerio de

Murcia hasta su traslado al panteón del eremitorio una vez concluida la guerra y restablecida la Comunidad. En el momento de su muerte, tenía 64 años de edad y 36 de vida religiosa.

El otro ermitaño mártir fue el Hno. Andrés del Inmaculado Corazón de María (Juan López Soto en el siglo), nacido en 1898 y religioso desde 1922. Refugiado en la casa de sus padres, fue hallado por unos milicianos en octubre de 1936 y le asesinaron junto con su padre en la Cuesta del Puerto, lugar de frecuentes ejecuciones en esas fechas. Después de la guerra, sus cadáveres fueron trasladados del cementerio de Espinardo al familiar de Alcantarilla.

Por otra parte, el santuario de la Luz sufrió el saqueo rojo y conoció los característicos actos de profanación de imágenes (incluso alguna del escultor Francisco Salzillo), destrucciones, etc. El edificio fue utilizado durante la contienda para cuartel de soldados del Ejército rojo destinados a servicios auxiliares. Al término del conflicto fue restablecido a la Comunidad para que restaurase la vida religiosa.

Recapitulación.

Como vemos, un total de 72 monjes y ermitaños ofrecieron sus vidas martirialmente en la persecución religiosa desencadenada en España por la II República y culminada a partir del inicio de la Guerra de 1936-39, siendo asesinados la mayoría de ellos entre julio y diciembre de 1936 y algunos aún en 1937. En comparación con todo el conjunto de religiosos que fueron víctimas de la violencia antirreligiosa, forman evidentemente un grupo pequeño, porque también era menor su número y su proporción dentro de todo el panorama de la vida consagrada en España por aquellas fechas. No obstante, en todos los casos nos encontramos con testimonios preciosos de su grado de entrega, generosidad, disponibilidad para el martirio, perspectiva trascendente y sobrenatural de los padecimientos y de la muerte que hubieron de experimentar, y una capacidad gigantesca de afrontar el trance final sin odio y perdonando a sus verdugos. Hay, por supuesto, algunos testimonios que son singularmente impactantes y maravillosos, quizá sobre todo los de los benedictinos de El Pueyo, los cistercienses de Viaceli y los cartujos de Montalegre, pero sin que esta apreciación signifique, ni mucho menos, un desmerecimiento hacia los otros casos, pues, como decimos, son todos realmente preciosos.

No habría que olvidar, por otra parte, los hermosos testimonios martiriales de otros monjes españoles en el siglo XIX, bajo la persecución religiosa desencadenada por

el liberalismo principalmente en tres fechas: 1809-14 (durante la invasión napoleónica y la Guerra de Independencia), 1820-23 (en el Trienio Liberal) y 1834-36 (de la patraña de las “fuentes envenenadas”, curiosamente repetida de forma casi igual un siglo después con el bulo de los “caramelos envenenados”, a los desmanes con la desamortización de Mendizábal y aprovechando la represión anticarlista). Cayeron entonces bajo las balas de quienes enarbolaban la enseña de la Libertad, por citar algunos, varios monjes cistercienses del monasterio gallego de Montederramo en 1820 y otros cartujos de Montalegre en 1823 y 1836. Sería un signo de reconocimiento y piedad filial hacia esos antepasados de nosotros, monjes de hoy, recopilar la información de todos aquellos acontecimientos y tratar de promover sus causas de beatificación y canonización.

Para los monjes de hoy y para todos los fieles católicos, en especial para los jóvenes, y en general también para todas las personas, aun no creyentes, el testimonio de éstos y de todos los demás mártires españoles de 1934 y 1936-39, así como de todos los mártires de la Historia de la Iglesia, es siempre un motivo de reflexión sobre la realidad de la muerte y del más allá, de la trascendencia de la vida y de la existencia de Dios, de lo sobrenatural y de la eternidad. Sin una razón trascendente, de origen divino, es imposible entender que tantos y tantos hombres y mujeres en España en 1934 y 1936-39, y a lo largo de los siglos en todo el mundo, hayan podido encarar el final de la vida terrena con la paz y la alegría con que ellos lo hicieron, siendo capaces de perdonar y de amar de corazón a aquellos mismos que les causaban horribles tormentos y la muerte más cruel. Por eso, cuando hoy tanto se cacarea sobre la llamada “memoria histórica”, que más bien se está convirtiendo en revancha histórica e incluso revancha histérica, con todo lo que conlleva de un falseamiento de la verdadera Historia y una presentación sectaria y sesgada de la misma, que amenaza así con confundir y quebrar la ya débil conciencia histórica de las generaciones jóvenes de nuestro tiempo, nada mejor que proponer el propio testimonio de los mártires para poder efectuar sin ambigüedades, no una supuesta “concordia” elaborada desde moldes político-filosóficos de cuño entre moderno y posmoderno, sino la auténtica reconciliación, fundamentada en el supremo testimonio de amor de Aquel que, siendo Él mismo el Amor, murió en la Cruz perdonando a sus enemigos y prometiendo el Paraíso eterno al malhechor arrepentido.

Bibliografía.

Dado el carácter de divulgación de este artículo, no hemos querido introducir notas a pie de página, pero ofrecemos una relación de la bibliografía empleada y con la cual, además de algunos otros títulos que aquí no indicamos, se puede ampliar el conocimiento de lo que tan resumidamente hemos expuesto. El orden que ofrecemos es el que hemos seguido en este pequeño trabajo.

-Antonio MONTERO MORENO, *Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos (B.A.C.), 1998 (2ª ed.; la 1ª es de 1961).

-Anselmo M. ALBAREDA, O.S.B., *Historia de Montserrat*, Monasterio de Montserrat, 1946.

-Ferrán M. SOLÀ, O.S.B., *Glòria nostra. Oda als màrtirs de Montserrat*, Barcelona, La Hormiga de Oro, 1959.

-Alejandro PÉREZ ALONSO, *Informe sobre los mártires benedictinos del Pueyo, en Barbastro, sacrificados en 1936*, Gijón, 1986.

-José Pascual BENABARRE VIGO, *Murieron cual vivieron. Apuntes biográficos de los 18 monjes benedictinos del Pueyo de Barbastro, sacrificados en 1936*, Aler, 1991.

-Jacinto PERAIRE FERRER, *La canción de Dom Mauro. El primitivo entusiasmo martirial cristiano, revivido por los benedictinos de El Pueyo*, Madrid, B.A.C., 2006.

-Miguel C. VIVANCOS, O.S.B., *El monasterio de Montserrat de Madrid durante la persecución religiosa de 1936*, Abadía de Silos, 2003.

En 2007-2008, el P. Mariano PALACIOS GONZÁLEZ, O.S.B., ha publicado en “Scriptorium Silense” una biografía extensa de cada uno de los cuatro mártires de Silos en el “Montserratico” de Madrid:

*P. Rafael Alcocer Martínez, O.S.B., Abadía de Silos, 2007.

*P. Luis Vidaurrázaga González, O.S.B., Abadía de Silos, 2008.

*P. Antolín Pablos Villanueva, O.S.B., Abadía de Silos, 2008.

*P. José Antón Gómez, O.S.B., Abadía de Silos, 2008.

-Ignacio, ASTORGA ARROYO, O.C.R. (O.C.S.O.), *De la paz del claustro al martirio*, Abadía Cisterciense de Viaceli, 1948.

-Fr. Mª Doroteo PÍO MORENO, O.C.S.O., “Todo por María... hasta el martirio. P. Pío Heredia y compañeros/as: Mártires de Viaceli, Mártires de Fons Salutis”, en

Actas del III Congreso Internacional sobre el Cister en Galicia y Portugal (Orense y Oseira, 2005), Zamora, Abadía de Oseira – Ediciones Monte Casino, 2006, t. II, págs. 1359-1385.

-Pedro de MANUEL, “Los mártires de la cartuja de Montalegre. Siglos XIX y XX”, en *A Cartuxa. Actas do Coloquio Internacional, Évora, 8-9 de outubro de 2004*, Évora, Fundação Eugénio de Almeida, 2004, págs. 183-195.

-Crescencio PALOMO IGLESIAS, O.P., *Manuel Sanz Domínguez, monje jerónimo*, Monasterio de San Jerónimo de Yuste, 2002.

-José MUÑOZ MARTÍNEZ, *Los Hermanos de la Luz*, Murcia, La Verdad, 1958.